

Juan Carlos Vázquez

**LOS NOMBRES
DE LOS BARCOS**

XXXVII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

f)L Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XXXVII Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Carmen Fernández-Daza, María Isabel Pino, María Dolores Martínez, Antonio Reseco, Miguel Ángel Tejeiro, Ignacio F. Garmendia y Roberto Osa

Primera edición: noviembre, 2018

© Juan Carlos Vázquez, 2018
© Fundación José Manuel Lara, 2018
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)

Maquetación y diseño: milhojas. servicios editoriales
Ilustración de cubierta: *El Martha McKeen* de Edward Hopper (Museo Thyssen-Bornemisza de Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 1706-2018
ISBN: 978-84-17453-04-6

Printed in Spain-Impreso en España

A mis padres, por darme la vida.
A Nieves y a Lucía, por darle sentido.

A todas las gentes de la mar.

NOTA PRELIMINAR

Esta es una historia de ficción. Muchos de los sucesos que aquí se relatan están inspirados en hechos veraces, aunque la relación entre ellos, así como los nombres de los protagonistas, son fruto de la imaginación del autor, por lo que cualquier parecido con la realidad no podría atribuirse más que a la mera casualidad.

PREÁMBULO

El tridente del dios Neptuno emergía sobre un rugiente mar de olas rojas y blancas que rompían a sus pies procedentes de los cuatro puntos cardinales. La marejada rojiblanca inundaba todas las avenidas que confluían en el santuario de las celebraciones para los hinchas del Atlético de Madrid. Miles de ellos abarrotaban con sus caras pintadas, sus banderas y sus bramidos el Paseo del Prado hasta la estación de Atocha, además de la Carrera de San Jerónimo y el resto de calles y plazas adyacentes a la glorieta coronada por el rey de los océanos y saturada por la muchedumbre eufórica.

Era la primera vez en dieciocho años que el equipo ganaba la Liga. La hazaña se había producido de forma épica veinticuatro horas atrás en el Camp Nou frente al Fútbol Club Barcelona. La fiesta ya se había dejado notar en las calles de Madrid durante toda la noche, pero la gran celebración se había convocado para las ocho de esa tarde de mayo en la fuente de Neptuno, a la que estaban a punto de llegar los jugadores en un autobús descubierto para ofrecer el trofeo a la afición.

Un gran despliegue policial se había dispuesto para contener los excesos. La plaza estaba protegida por vallas, el himno del equipo manaba a todo volumen de los altavoces sobre la multitud y una inmensa pantalla proyectaba una y otra vez imágenes del gol de la victoria desde la trasera de un gran escenario.

La glorieta, las calles, los jardines del Prado... todo en el entorno estaba atrapado por el atronador ardor colchonero,

aunque a muy pocos metros de la fiesta, en el interior del Museo Thyssen-Bornemisza, un centenar de personas poco interesadas en el fútbol apuraban hasta el límite la oportunidad de contemplar la exposición de Paul Cézanne que se clausuraba esa misma tarde después de haber recibido miles de visitantes a lo largo de los últimos meses.

Grupos de turistas asiáticos y norteamericanos, junto con algunos amantes locales del arte, admiraban los trazos del genio francés abstraídos del bullicio del exterior, que en aquella sala bien aislada era sólo un murmullo casi inapreciable.

Uno de esos silenciosos visitantes se apartó discretamente hacia una de las salidas, extrajo con disimulo un bote del interior de su mochila, tiró de una anilla para abrirlo y una intensa humareda grisácea comenzó a elevarse hasta eclipsar todo el espacio. Simultáneamente, otra nube oscura que se inició en la planta de arriba cubrió en apenas un par de minutos una de las escaleras del museo.

Comenzaron a sonar las alarmas, se desató el pánico y el público corrió sin orden hacia la salida más alejada del supuesto fuego, que conducía al vestíbulo principal del Thyssen. El personal de seguridad selló la galería de los Cézanne una vez desalojada y dirigió al resto de los visitantes hacia la escalera del ala oeste para evacuar el edificio.

Cuando un vigilante abrió la puerta de los aseos de la primera planta para asegurarse de que no quedaba nadie, se dio de bruces con tres hombres y una mujer con las caras pintadas de rojo y blanco y ataviados con camisetas y bufandas del Atlético de Madrid; uno de ellos lo encañonó con una pistola mientras los otros lo amordazaron y le ataron las manos a la espalda con unas bridas de plástico que apretaron casi hasta impedir que le circulara la sangre. Se dividieron en dos grupos y se lo llevaron con uno de ellos hasta

una de las salas que alberga la Colección Carmen Thyssen. Ante los ojos atónitos del guardia de seguridad, los dos asaltantes descolgaron y separaron de su bastidor un lienzo de más de un metro de ancho en el que un velero blanco cruza una mar muy azul frente a un arenal en el que reposan las gaviotas. En apenas un par de minutos la tela había sido cuidadosamente enrollada y uno de los ladrones la adhirió con cinta al cuerpo de su compañero.

Los delincuentes abandonaron al rehén y se perdieron entre el humo que asomaba por la puerta. En la escalera les esperaban los otros dos, que con el mismo método se habían hecho con un cuadro sólo un poco más pequeño que el anterior, y que representaba a unos marineros en el momento de arriar un bote desde la cubierta de un barco en medio de un terrible temporal.

En el vestíbulo del Thyssen todo era confusión y los miembros de la banda consiguieron salir sin dificultades al Paseo del Prado, donde se perdieron entre miles de hombres, mujeres y niños con el mismo atuendo de rayas rojas y blancas que ellos vestían y con las mismas pinturas que arlequinaban sus rostros mientras saltaban, gritaban, cantaban y agitaban sus bufandas y sus banderas hacia el altar en el que se mostraban ya los jugadores con el trofeo.

La madrugada devolvió la tranquilidad a la fuente y el Paseo de Recoletos mostraba las secuelas de la fiesta, pero al dios Neptuno no se le había escapado que dos pinturas robadas habían pasado esa tarde ante sus ojos. Unos mortales se habían aprovechado de él para privar al mundo en su propia cara de la belleza de dos obras maestras inspiradas en sus dominios.

El campeonato de Liga de ese año ya era historia, pero otra historia acababa de comenzar. Una historia de misterio, de mar y de barcos.